

## BEATO JUSTO TAKAYAMA UKON (1552-1615)

Entre los muchos santos de la historia de la Iglesia en la tierra del Sol Naciente (42 santos y 393 beatos, incluidos misioneros europeos), todos mártires asesinados *in odium fidei* en distintos períodos de persecuciones, la historia de Takayama es especial: de hecho, se trata de un laico, un político, un militar –perteneía a la nobleza y era samurái–, que llegó a la gloria de los altares sin ser asesinado, simplemente porque escogió el camino del seguimiento de Cristo, pobre, obediente y crucificado. Ukon renunció a una posición social de alto rango, a la nobleza y a las riquezas, solo para permanecer fiel a Cristo y al Evangelio.

Nació con el nombre Hikogoro Shigetomo entre 1552 y 1553 en el castillo de Takayama, cerca de Nara, hijo de Takayama Zusho, que más tarde se convirtió en el señor del castillo de Sawa. Takayama es el apellido que deriva del territorio de su propiedad feudal. Su familia pertenecía a la nobleza (o a los daimyō), es decir, a los señores de un castillo con sus propiedades. Ellos llegaron inmediatamente después de los shogun –señores de varios territorios de los cuales los diferentes daimio eran fieles aliados, proporcionándoles un ejército y combatientes profesionales: los samuráis– que a menudo estaban en guerra entre sí para ampliar sus áreas de influencia.

En 1563, su shogun encargó a su padre que juzgara a un misionero jesuita, el padre Gaspar Videla, que estaba predicando el Evangelio en Kioto, la futura ciudad imperial. El Evangelio había sido introducido en Japón en 1549 por san Francisco Javier, jesuita, y se había extendido rápidamente. Al escucharlo, el padre de Justo quedó tan impresionado que quiso ser cristiano, se bautizó y tomó el nombre de Darío. Al regresar a su castillo acompañado de un catequista, permitió que instruyese y bautizase

a muchos de sus soldados, a su esposa y a sus hijos, incluyendo a Justo, su primogénito, que entonces tenía unos doce años de edad. A partir de ese momento, su padre se convirtió en un protector de los cristianos. Para él, hijo y heredero de un daimio importante, era una vocación natural la de convertirse en un samurái, en un guerrero siempre dispuesto a defender a la familia, la ley y a su señor, el shogun. Dados los frecuentes conflictos entre los daimios, participó en guerras y combates, distinguiéndose por su valor. En 1571, con 20 años de edad, durante una convalecencia forzada, debido a una lesión en un duelo, tuvo un momento providencial y entonces se convenció de que, sin dejar de ser un samurái, tenía que poner su habilidad en el manejo de las armas al servicio de los débiles, los huérfanos y de viudas. En 1573 su familia recibió un nuevo feudo, y Justo se convirtió en el daimio, porque su padre ya era demasiado viejo. Dos años más tarde se casó con Justa, una cristiana, y tuvieron tres hijos—dos de los cuales fallecieron siendo niños— y una hija. Mandó construir una iglesia en la misma ciudad imperial de Kioto y un seminario en Azuchi, en el lago Biwa, para la formación de misioneros y catequistas japoneses. La mayoría de los seminaristas provenían de las familias de su feudo.

Justo utilizó la típica ceremonia japonesa del té, donde se fortalecen las relaciones entre los participantes y se profundizan los lazos de amistad, para la evangelización, transformándola en una oportunidad para proclamar el Evangelio y dialogar con otros nobles sobre la fe cristiana. En el primer período del shogun Toyotomi Hideyoshi, que subió al poder en 1583, aumentó su influencia entre los nobles, muchos de los cuales acordaron hacerse cristianos. Pero Toyotomi, que se había vuelto tan poderoso que podía unificar todo Japón bajo su autoridad, comenzó a temer a los cristianos y en 1587 emitió un edicto que prohibía la religión en el país y ordenaba la expulsión de los misioneros extranjeros y el exilio para los catequistas nativos.

Todos los señores feudales aceptaron el acuerdo, a excepción de Justo, que prefirió renunciar a su feudo y sufrir el exilio en lugar de renunciar. Toyotomi murió de repente y su sucesor resultó ser peor que él. La persecución

de los cristianos se hizo generalizada e intensa, con el objetivo de erradicar lo que denominaron «las malas hierbas» o «la religión perversa». El 14 de febrero de 1614, Justo Takayama y su familia fueron capturados y trasladados a Nagasaki a la espera de ser ejecutados junto con otros misioneros que habían reunido allí. Después de varios meses de cárcel, el 8 de noviembre de 1614, Justo y 300 de sus compañeros fueron condenados al exilio y embarcados en un junco –una de las embarcaciones a vela más antiguas que se conocen– con rumbo a Manila (Filipinas). Durante su tiempo en prisión, él esperaba compartir el destino de los mártires de Nagasaki. Estaba convencido de que lo matarían y esperaba el final con gran serenidad. La expulsión y la lenta navegación en una embarcación totalmente repleta de carga hicieron aumentar aún más la fe de Justo. Aunque fue recibido con todos los honores por los españoles, agotado por el encarcelamiento y la larga navegación, murió en Manila el 3 de febrero de 1615, cuarenta días después de su llegada a Filipinas.

El ejemplo de Justo es muy importante y valioso. Vivió una vida cristiana auténtica, honesta, sincera y profunda. A pesar de que no fue asesinado, fue reconocido como un mártir porque fue perseguido y tuvo que abandonar todas sus riquezas y su condición social. Estaba muy feliz de haber recibido de Dios el don de la fe cristiana y su testimonio inspiró a todas las personas que le conocieron: nobles de su rango, superiores, súbditos y amigos.

Fue beatificado en Osaka el 7 de febrero de 2017, bajo el pontificado del papa Francisco.

Octubre  
2019